

la trataban; su prudencia y ciega obediencia, resignándose contra su voluntad á abrazar el estado del matrimonio; la grande y extraordinaria paciencia con que sufrió los malos tratamientos de su esposo, y considerada despues en el cláustro, donde en premio de sus heróicas virtudes mereció recibir grandes consuelos de Dios; y parad mientes, por último, en los grandes milagros que el Señor ha obrado y obra cada dia por su intercesion, y vereis con cuánta justicia la he aplicado las palabras del Salmista con que encabecé el discurso: Porque amaste la justicia y aborreciste la iniquidad, te ungió tu Dios con el óleo de la alegría. *Dilexisti justitiam, et odisti iniquitatem; propterea unxit te Deus, Deus tuus oleo lætitiæ.*

¿Deseais, mis señores, su proteccion? Pues imitadla en sus virtudes: el amor de Dios fué su norte, amadla vosotros y este amor os separará del pecado y sereis dichosos como ella: es decir, sereis felices en el tiempo, para recibir despues la corona de la inmortalidad. *Amen.*

SERMON PANEGIRICO

PARA EL DIA

DE SAN JUAN DE LA CRUZ.

*Suscitabo mihi sacerdotem fidelem, qui
justa cor meum, et animam meam faciet.*

Levantaré para mi un sacerdote fiel
que obrará conforme á mi corazon y á
mi alma.

I Reg. cap. II, v. 35.

Por mas que la mentira se haya propuesto desde la cuna misma del cristianismo combatir á la Esposa sin mancilla del Cordero, no hay que temer que aquella prevalezca ni tenga la gloria de haber triunfado sobre esta. Jesucristo lo habia ofrecido solemnemente: las puertas del infierno no prevalecerán contra la Iglesia, y es una verdad proferida por sus mismos lábios que primero que su palabra, faltarán los cielos y la tierra.

La Iglesia, que es una como su fundador, Santa como su Maestro Divino, Católica ó universal como el amor que la dió el ser, y Apostólica por sus primeros hijos y predicadores, abrió al punto sus brazos para recibir en ellos á todos los pueblos y naciones. Pedro, primer confesor de la divinidad de Jesucristo, es constituido por él, primer Pontífice de la nueva

ley, recibe toda potestad en el cielo y en la tierra, y es declarado legislador supremo de la Iglesia, con todo poder, autoridad y doctrina para regir y gobernar á ovejas y pastores: poder y autoridad que existe y existirá en sus legítimos sucesores hasta la consumacion de los siglos, mal que le pese al infierno y sus secuaces.

El demonio, á quien tantas víctimas se le arrebataron con la promulgacion del Evangelio, despertó el orgullo del hombre á fin de que persiguiese á muerte á la Iglesia de Jesucristo; pero esta ha prevalecido siempre no solo de los absurdos del paganismo y la audacia de la filosofía, sostenidos por la ciencia y los vicios, sino también de la alevosía de los hereges. No es nuestro ánimo detenernos en este momento en referir las grandes persecuciones sufridas por la Iglesia, y concretándonos tan solo á los heresiarcas que han asestado sus tiros contra ella, diremos que aun estaba fresca la sangre que bañara el Golgotha, aun parecia escucharse en el mundo la voz de los Apóstoles, pues sus primeros discípulos anunciaban por todas partes la doctrina que de ellos habian recibido, cuando en los tres primeros siglos de la Iglesia se presentan los Basilides, Marcion, Montano y Sabelio, combatiéndola y oponiéndose tenazmente á algunos de sus dogmas principales. Tras estos, en el siglo IV, vemos á Arrio, Apolinar, Macedonio y otros que dan sus nombres á nuevas heregias, quién oponiéndose á la divinidad de Jesucristo, quién negando á la Santísima Virgen el título de Madre de Dios, buscando argumentos en las doctrinas absurdas del paganismo y la filosofía. Empero Dios, que vela por su Iglesia, hace aparecer en el mundo á los Crisóstomo-

mos, Agustinos y Gerónimos, que con la razon del Evangelio en la mano los combaten y los vencen. Ya parecia estar tranquila la Esposa de Jesus, cuando vemos aparecer el Pelagianismo, acompañado de Nestorio y Eutiques, que llenos de soberbia preparan nuevas batallas, pero se encuentran de frente con nuevos atletas del catolicismo que llenos de fé se preparan para defender la celestial doctrina. Confundidas fueron sus heregias, como confundidos fueron mas tarde los Monotelistas, Albigenses, Wiclefistas, Sacramentarios y otros mil secuaces del error.

Empero llegó el siglo XVI, y en él apareció un hombre, que perverso apóstata del catolicismo, esparció por sí mismo mas veneno y causó mas daños y perjuicios que habian causado todos los heresiarcas de los anteriores siglos. Hablo de Lutero, que arrastrándose en el fango asqueroso de la soberbia, empezó á combatir con todo el ardor de su falsa ciencia, y en la inconsecuencia de sus doctrinas, todos los dogmas de la religion divina. Sin embargo, la heregia luterana no encontró prosélitos en España, que siempre fué el pais católico por escelencia, y Dios, que veló siempre en nuestro favor, suscitó en nuestra patria varones esclarecidos que velasen por nuestra fé y fuesen centinelas esforzados que no permitiesen entrar en nuestro reino á mónstruo tan formidable. El siglo XVI fué para nuestra España el siglo de los sábios y de los santos. Ignacio de Loyola, fundador de la célebre compañía de Jesus, de esa compañía tan perseguida y calumniada por los filósofos, y que á pesar de ello ha prestado en todas épocas servicios extraordinarios á la Iglesia y á los estados: José de Calasanz, que se propuso en su fundacion de las Escuelas Pías formar

jóvenes útiles á la Iglesia y á la patria, por una educación que tuviese por base el santo temor de Dios. Pedro de Alcántara y otros muchos héroes semejantes vieron la luz en nuestra patria para gloria de la religion y honor de España. Este fué tambien el siglo de Teresa de Jesus, elegida por Dios para que reparase con su buen ejemplo, sus virtudes y la reforma del Carmelo á su primitivo fervor, lo que por otra parte destruía Lutero con su mal ejemplo y apostasía.

Mucho hizo esta española ilustre que llevó á cabo la reforma, obra que hubiese asustado seguramente á las inteligencias mas agigantadas, y lo llevó á cabo á través de las mas terribles persecuciones, y de la oposicion de los sábios y aun de los mismos sacerdotes que no conocian su espíritu. Empero la reforma debia verificarse tambien en los conventos de varones, y para ello necesitaba Teresa de un varon esclarecido, del mismo temple de alma que ella, y Dios suscitó para esto un sacerdote fiel, dispuesto á obrar conforme á sus altos designios. Ya comprendereis que hablo de San Juan de la Cruz, varon de austeras virtudes, sacerdote ejemplar, lleno de caridad y de mansedumbre, reformador con Santa Teresa de Jesus del orden esclarecido del Carmelo, cuya memoria solemnizamos en este dia, y cuyo elogio debo pronunciar. Juan de la Cruz es para nosotros una gloria religiosa y una gloria nacional. Yo leo con admiracion los anales de su preciosa vida, sus actos sublimes, sus hechos heróicos, contemplo su austeridad y penitencia, su resignacion en los trabajos, su mansedumbre y caridad, y le considero acreedor al elogio que el Espíritu Santo hace en las Sagradas Páginas del gran Sacerdote Simon, hijo de Onías. *Suscitabo mihi sacerdotem fidelem qui juxta cor*

meum et animam meam faciet. Sí, merece este elogio de justicia, porque fué un sacerdote fiel que supo vivir á la altura de su ministerio. *Primera parte.* Y porque se consagró con el mayor celo á llevar á cabo la grande obra para que el cielo le destinara. *Segunda parte.* Tengo manifestadas las ideas del presente discurso. Imploramos los divinos auxilios. *Ave María.*

PRIMERA PARTE.

Con solo parar la consideracion en los oficios que ejerce el sacerdote en la tierra, se comprende fácilmente lo elevado de su dignidad y la santidad de que debe estar adornado para el desempeño de sus funciones sagradas. El Padre San Agustin, contemplando dignidad tan sublime, dice que Jesucristo encarna de nuevo en las manos del sacerdote, así como encarnó en el vientre de María. Ahora bien, si en la antigua ley, sombra y figura de este sacerdocio y sacrificio, se encargaba con tanto esmero á los levitas se purificasen para tocar los vasos del Señor; si se les decia que fuesen santos porque lo era el Dios á quien servian, ¿qué pureza de costumbres y santidad de vida serán suficientes para ofrecer sobre nuestros altares la hostia pura, santa é inmaculada, la víctima sagrada que es igual al Dios á quien se ofrece? Ved aquí por qué la Iglesia exige una vocacion verdadera y probada en el que ha de ser ascendido á la dignidad del sacerdocio, y unas costumbres tan irreprehensibles cuales deben adornar al que ha de tocar con sus manos al Santo de los santos.

Poco tendremos que hacer para probar que San Juan de la Cruz reunió estas bellas cualidades y que

se acercó al altar santo despues de haber demostrado una vocacion del cielo y haberse ejercitado en la práctica de las mas austeras virtudes. En él tuvo ciertamente el Señor un sacerdote fiel, cortado á la medida de su corazon y que obró segun sus altísimos designios. *Suscitabo mihi sacerdotem fidelem qui juxta cor meum et animam meam faciet.*

La virtud puede decirse que nació con él, y con razon se distingue con el nombre de Juan de la Cruz, pues que una cruz continuada fué toda su vida. Si le quereis contemplar en sus primeros años, no pretendais descorrer ricas colgaduras para contemplarle en su cuna rodeado de grandeza ni mecido por los bienes de fortuna. No obstante que su padre perteneciera á distinguida familia, la Providencia en sus inescrutables arcanos permitió que al nacimiento de Juan se viera aquel tan reducido á pobreza, que se vió en la necesidad de buscar trabajo en un oficio humilde para poder atender al sustento de su familia. Jesucristo que vino al mundo en el estado de mayor abatimiento, no obstante ser un Dios con el Padre y el Espíritu Santo, y que á tantos trabajos se sujetó desde su nacimiento segun la carne, por salvar á la humanidad, quiso que este tierno infante que estaba destinado para ministro suyo anduviese desde sus primeros dias por la senda de la Cruz, por el camino del abatimiento. Faltóle su padre siendo aun muy niño, y su pobre madre vióse obligada á trabajar sin descanso para poder sostener á Juan y á otros dos hijos mayores que por su tierna edad no estaban en posibilidad de poder atender á sus propias necesidades.

El carácter de Juan era dulce y apacible, dejando entrever desde su niñez por su inclinacion á la

virtud y á todo lo bueno, lo que habia de ser en adelante. Una escuela destinada para los niños pobres fué el primer aula que frecuentó, siendo allí la edificacion de sus maestros y el ejemplo de sus compañeros. Es ya un Josias que empieza á buscar á Dios desde muy niño, y al paso que crecia lo bendecia el Señor como al jóven Samuel. Su ejercicio en tan tierna edad era la oracion, y puede decirse de él como de San Felipe Neri en su niñez, que no conocia otras calles que las que le conducian al aula.

¡Qué espectáculo tan admirable y edificativo presentaba dedicado en su juventud al cuidado de los pobres enfermos en el hospital general de Medina del Campo! Lleno de caridad, de esa caridad que distingue siempre á los fieles servidores de Jesucristo, veia las necesidades ajenas como propias: se compadecia de los pobres que padecian en el lecho del dolor, curaba sus llagas, los abrazaba, les hacia compañía, viendo en cada uno la imagen del Redentor, y con dulces palabras les exortaba á sufrir con resignacion y con paciencia los trabajos que Dios les enviaba, y de dia como de noche, quitándose de su sueño y de su descanso, asistia á todos, dando á unos el alimento, aplicando á otros los medicamentos y atendiendo á todos: parecia multiplicarse para que á ninguno faltase sus cuidados. Estos prodigios de abnegacion no los produce la filantropía mundana, pues son frutos únicamente de la caridad evangélica. Los cortos momentos de que Juan podia disponer los dedicaba al estudio de las ciencias, en las que hizo rápidos progresos, sin descuidarse en el ejercicio de la oracion, escuela santa donde llegaron á la perfeccion todos los santos.

Un jóven que desde la edad de siete años en que la razon empezó á iluminar su entendimiento se habia ocupado en tan piadosas obras, que era mortificado y humilde: un jóven de cuyos lábios jamás habia salido una palabra mala y quizás ni aun ociosa; que con tanta resignacion y gusto llevaba su pobreza, no tenia pecados de que purificarse. Esto no obstante, su penitencia era continua y severa: el lecho donde daba á su cuerpo el preciso descanso era formado de duros sarmientos, que mas que reposo le proporcionaban mortificacion: su ayuno era continuo, y sus disciplinas rigurosas.

Dios, que se complacia de la virtud de este varon penitente, le llamó á una vida de perfeccion inspirándole el deseo de abrazar la vida religiosa. La devocion á la Santísima Vírgen era como innata en su pecho, pues la amaba con todo el afecto con que un buen hijo puede amar á una buena madre. Por esto en el momento en que se siente inspirado á entrar en religion, elige la de Nuestra Señora del Cármen, y despues de consultar con Dios en la oracion, se dirige al convento de Santa Ana de Medina del Campo, donde es recibido con alegría por sus religiosos que ya tenian conocimiento de sus bellas prendas y grandes virtudes.

¿Y quién será capaz ahora de formar un verdadero y perfecto retrato de este nuevo novicio? ¿Quién se atreverá á pintar la alegría de su corazon que se retrataba en su semblante, al verse cubierto con el hábito carmelitano y ser contado por lo tanto entre los hijos de María Santísima del Cármen? Su virtud, sus rigores, las mortificaciones que voluntariamente se imponia sobre las que prescribe la regla, eran mas propias

de un encanecido anacoreta que de un jóven de veintiun años; todo le parecia poco para ofrecer á Jesucristo, y pide y consigue tener por celda una cueva oscura y abandonada, donde practica, sin faltar en nada al órden de la comunidad, no la regla mitigada de Eugenio IV, sino la primitiva con todos sus rigores. Ya no son sarmientos los que le sirven de lecho, es el agujero hecho en un toscos madero: y su cuerpo lo cubrió de un asperísimo cilicio cuyas puntas le herian y hacian brotar su inocente sangre: con tantas penitencias, con un ayuno no interrumpido, se preparó para la profesion religiosa, que recibió al año de su ingreso en el convento, y que le dió nuevas fuerzas y mayor vigor para continuar caminando por las sendas de la perfeccion.

Tuvo que dedicarse al estudio de la teología en Salamanca, donde fué enviado despues de su profesion, y aunque fueron notables sus progresos en la sagrada ciencia, su humildad le hacia ocultar su talento y los vastos conocimientos que adquiriera. No era del número de esos hombres que apenas tienen algunos conocimientos, suspiran por los aplausos mundanos. Este varon extraordinario, casi estenuado en la flor de su vida á causa de sus penitencias, en medio de sus estudios no encontraba otras delicias que en la oracion, y en el silencio de la noche se pasaba las horas postrado ante el crucifijo en la contemplacion de las cosas eternas.

¿Os parece, señores, que nuestro santo ha probado ya su vocacion al sacerdocio? ¿Le creéis suficientemente dispuesto para subir las gradas del altar? ¿Puede darse vocacion mas perfecta? Pues todavía no se cree digno de dignidad tan sublime; todavía tiembla